

Harry G. FRANKFURT, *On Bullshit. Sobre la manipulación de la verdad*, trad. Miguel Candel, Barcelona: Paidós 2006, 80 pp.

El virus de la charlatanería y la importancia de la verdad

Harry G. Frankfurt, profesor emérito de Filosofía en la Universidad de Princeton, ha logrado popularizar la filosofía moral seria y bien argumentada como quizá nadie lo hacía desde el fallecimiento del británico Bernard Williams. Tras la reciente pérdida de Richard Rorty, Frankfurt se alza sin duda alguna en el actual panorama de la filosofía moral popular como una autoridad. No por nada ganó en 2005 el «Bestseller Award» en la categoría de Filosofía. El texto que le mereció dicho reconocimiento fue la reedición de un viejo ensayo escrito en 1986, publicado en la revista *Raritan*, titulado «On Bullshit» (New Jersey: Princeton University Press 2005). Este breve ensayo o pequeñísimo libro, ha sido traducido al castellano por Miguel Candel en 2006, y publicado en la curiosa y bien cuidada colección «Contextos» de la editorial Paidós.

¿Pero qué nos sugiere el quizá extravagante título *On bullshit. Sobre la manipulación de la verdad*? El diagnóstico inicial de Frankfurt es acertado: «Uno de los rasgos más destacados de nuestra cultura es la gran cantidad de bullshit (“charlatanería”) que se da en ella. Todo el mundo lo sabe. Cada uno de nosotros contribuye con su parte alícuota. Pero tendemos a no darle importancia. La mayoría confía bastante en su capacidad para detectar la charlatanería y evitar verse afectado por ella. Por eso el asunto no ha suscitado nunca demasiada preocupación ni ha sido objeto habitual de investigación» (p. 9). Sin embargo, a pesar de nuestra aparente capacidad para detectar la charlatanería, ésta abunda y día con día somos o sus víctimas o sus principales promotores. Lo cierto es que carecemos de una valoración consciente de lo que la charlatanería significa para nosotros o, dicho de otro modo, carecemos de una teoría de la charlatanería. Sin dicha teoría resulta

del todo evidente que seremos incapaces de combatirla o siquiera de comprender sus devastadoras consecuencias. El objetivo de *On Bullshit* es claro: «Lo único que pretendo es dar una definición aproximada de “charlatanería” y explicar en qué se diferencia de lo que no es tal. O bien —dicho de manera algo diferente— exponer, más o menos esquemáticamente, su estructura conceptual» (p. 10).

El estudio de Frankfurt es un brillante ejercicio de lo que se suele denominar «filosofía del lenguaje ordinario». A partir del uso que hacemos del término, y por tanto del concepto, de charlatanería, es posible ir delineando su estructura conceptual. En primer lugar, Frankfurt repara en que el uso del término «bullshit» —en castellano vagamente capturado por términos como «charlatanería», «paparruchas», «patrañas»— es sumamente vago. Su sentido es cercano al de falsedad, aunque en otro sentido diametralmente distinto. Otro problema es que la filosofía no ha tratado prácticamente el tema. Por ello, Frankfurt se afianza al único estudio que encuentra sobre el tópico y parte de él para realizar su propio análisis: *The Prevalence of Humbug* de Max Black (Ithaca: Cornell University Press 1985). El concepto de «humbug» («paparruchas») es ciertamente cercano al de «bullshit». Por ello, Frankfurt inicia su análisis a partir de la definición de humbug de Black: «tergiversación engañosa próxima a la mentira, especialmente mediante palabras o acciones pretenciosas, de las ideas, los sentimientos o las actitudes a alguien» (p. 14). Después de un análisis escrupuloso de todos los elementos de la definición de Black, Frankfurt concluye que ésta es insuficiente. Aunque captura algunos rasgos paradigmáticos que solemos atribuirle al charlatán —su carácter falsario, su pretenciosa motivación— la definición de Black no arriba a buen puerto: «La concepción que tiene Black de la paparrucha parece, pues, encajar bastante bien en ciertos paradigmas. Sin embargo, no creo que capte con suficiente exactitud el carácter esencial de la charlatanería. Es correcto decir que la charlatanería, tal como él dice de la paparrucha, está cerca de la mentira y que los que la sostienen dan en cierto modo una imagen falsa de sí mismos. Pero lo que dice Black de esos dos rasgos no viene, desde luego, al caso» (27-28 pp).

A partir de este momento la estrategia de Frankfurt será llevarnos de la mano a través de un par de anécdotas wittgensteinianas para delinear un poco más el concepto de charlatanería. En primer lugar, Frankfurt menciona que Wittgenstein en cierto momento de su vida aseguró que un fragmento del poema de Longfellow podría servirle de lema: «En los viejos tiempos del arte / los creadores trabajaban con sumo cuidado / cada elemento, por diminuto e invisible que fuera, / pues los dioses están en todas partes». Es bien sabido que Wittgenstein fue de los principales combatientes contra los charlatanes. Para Frankfurt, dicho poema-lema explica las razones de ello. Para Wittgenstein, en palabras de Frankfurt, los charlatanes son análogos a los malos artesanos: «¿Acaso se parecen en que la charlatanería siempre es zafia y poco exigente, nunca busca la perfección y en su montaje jamás se presta una atención meticulosa a los detalles a los que alude Longfellow? ¿Es el charlatán (bullshiter), por su propia naturaleza, una persona zafia? Su producto, ¿por fuerza ha de ser desaliñado o basto? La palabra shit (“mierda”) en el equivalente inglés bullshit indica sin duda eso. Un excremento no es objeto de diseño ni trabajo sistemático; simplemente, se deja salir o se echa. Puede que tenga una forma más o menos coherente o puede que no, pero lo que es seguro es que en ningún caso ha sido “trabajado”» (30-31 pp). A pesar de lo sensata —y cómica— que suena esta respuesta, falla en su profundidad. Frankfurt es consciente de que —aunque no lo dice de esta manera— a pesar de que el descuido y la poca exigencia son condiciones suficientes de la charlatanería, no son condiciones necesarias. En otras palabras, aunque un producto descuidado y poco exigente suele ser bullshit, no toda bullshit es descuidada y poco exigente. Los casos paradigmáticos son las relaciones públicas, la publicidad y la política. Sabemos todos que en estos ámbitos abundan los charlatanes, sin embargo no podemos negar la destreza y meticulosidad de su arte.

Por ello, Frankfurt recurre a una segunda anécdota recogida por Fania Pascal en sus recuerdos sobre Wittgenstein. Pascal cuenta lo siguiente: «Me acababan de extirpar las amígdalas y me hallaba en el Evelyn Nursing Home con el ánimo por los suelos. Entonces llamó Wittgenstein. Yo gruñí: “Estoy como un perro al

que acaban de atropellar”. Él respondió con fastidio: “Tú no tienes ni idea de cómo se siente un perro atropellado”». ¿Quién sabe lo que ocurrió en realidad? ¿Qué es propiamente lo que el Wittgenstein de su anécdota encuentra objetable? ¿Acaso no es esta anécdota una simple muestra del carácter neurótico e intolerante del gruñón austriaco? En este momento el ensayo de Frankfurt se estanca en obstáculo difícil de librar. La elección de la anécdota no es la más adecuada. Es una anécdota tan simple y trivial que no alcanza a recoger el núcleo del asunto. Frankfurt, estoy seguro, pudo elegir una mejor. Me viene a la mente aquella que narra su discípulo Norman Malcolm —desconozco si Frankfurt la conoce— respecto a uno de sus paseos por el Támesis. Malcolm nos cuenta que mientras caminaban a lo largo de la orilla del río escucharon a un vendedor de diarios anunciar que los alemanes acusaban a los ingleses de conspirar con el objeto de asesinar a Hitler. Mientras Wittgenstein confesó que eso no le sorprendería, Malcolm indignado respondió que eso resultaba imposible dado el carácter nacional de los británicos, el cual no permitiría que tramaran algo tan sospechoso. Años después, Wittgenstein escribiría a Malcolm que dicho acontecimiento siempre le venía a la cabeza cuando pensaba en él, pues no comprendía cómo un filósofo podía utilizar un lenguaje tan primitivo, superficial y peligroso, propio de los periodistas. Al fin y al cabo, lo que Frankfurt trata de entresacar de la personalidad de Wittgenstein es que los charlatanes, a los que tanto odiaba el filósofo austriaco, hacen gala de su desinterés por decir la verdad, por cuidar sus palabras, por construir sus oraciones —y, por tanto, su pensamiento— con el mayor cuidado y exactitud.

A partir de este punto, el ensayo de Frankfurt goza de una lucidez asombrosa. Los vericuetos a los cuales lo lleva el relato de Pascal, a pesar de ser laberínticos y no prometer salida alguna, lo conducen correctamente a la tesis principal de su ensayo: la naturaleza de la charlatanería. Así lo escribe Frankfurt: «la afirmación de Pascal aparece como ajena a todo interés por la verdad: no le preocupa el valor veritativo de lo que dice. Por eso no se puede considerar que esté mintiendo; pues ella no presume conocer la verdad, por lo cual no puede estar enunciando deliberadamente

una proposición que ella sabe de antemano falsa: su afirmación no se basa ni en la creencia de que es verdadera ni — tal como corresponde a una mentira — en la creencia de que no lo es. Es precisamente esa ausencia de interés por la verdad — esa indiferencia ante el modo de ser de las cosas — lo que yo considero la esencia de la charlatanería» (43-44 pp). A través de esta afirmación, ahora Frankfurt nos conduce por el camino agudo de las flexiones lingüísticas: analiza otros términos que de entrada parecen tener relación con bullshit con el objeto de aclarar aun más su concepto: bull session («tertulia») y shooting the bull («cháchara»). El resultado es magnífico: «Cuando calificamos una charla de “humo”, queremos decir que lo que sale de la boca del que habla no es más que eso: simple vapor. Su discurso es vacío, sin sustancia ni contenido. En consecuencia, su uso del lenguaje no contribuye al propósito al que pretende servir. No se transmite más información que la que el sujeto daría soplando. Existen, ocasionalmente, similitudes entre el humo y los excrementos que hacen que humo parezca un equivalente especialmente adecuado de bullshit. Así como llamamos humo a un discurso totalmente vacío de contenido informativo, así también el excremento es una materia de la que se ha eliminado todo lo alimenticio» (p. 54). Para Frankfurt, el charlatán sólo habla por hablar, quizá por un gusto perverso por escucharse a sí mismo, quizá por llamar la atención. La respuesta a sus motivaciones la dará más adelante.

El siguiente paso será distinguir nítidamente al charlatán del mentiroso. Con ello Frankfurt pretende aclarar con finura la estructura conceptual de la charlatanería y brindarnos un marco conceptual y cultural para comprender sus devastadores efectos. En primer lugar, Frankfurt menciona que nosotros solemos ser más tolerantes con los charlatanes que con los mentirosos, «quizá porque nos sentimos menos inclinados a tomarnos las primeras como afrentas personales. Podemos tratar de distanciarnos de la charlatanería, pero es más probable que nos apartemos de ella encojiéndonos de hombros con impaciencia o cierta irritación que con el sentimiento de afrenta o ultraje que a menudo inspiran las mentiras» (62-63 pp).

La segunda diferencia, más conceptual y menos cultural, que

señala Frankfurt entre la charlatanería y la mentira es su grado de libertad: la mentira se sujeta a las constricciones de la verdad, mientras que la charlatanería se asemeja a un juego libre e imaginativo donde no importa si lo que se dice es verdadero o falso. En palabras del autor: «El embustero debe interesarse inevitablemente por valores veritativos. Para inventar una mentira cualquiera, ha de pensar que sabe qué es lo verdadero. Y para inventar una mentira eficaz, debe concebir su falsedad teniendo como guía aquella verdad. En cambio, una persona que decide abrirse paso mediante la charlatanería goza de mucha más libertad. Su visión es más panorámica que particular. No se limita a introducir una falsedad en un punto determinado, por lo cual no está condicionada por las verdades que rodean dicho punto o intersectan con él» (64-65 pp).

La tercera diferencia que realiza Frankfurt tiene que ver con qué se tergiversa tanto en el caso del mentiroso como en el caso del charlatán. Mientras el mentiroso tergiversa el estado de cosas al que se refiere y las creencias del hablante, el charlatán tergiversa su propósito o intención: «Lo que la charlatanería tergiversa esencialmente no es ni el estado de cosas al que se refiere ni las creencias del hablante respecto de dicho estado de cosas. Son dichas cosas lo que la mentira tergiversa, por el hecho de su falsedad. Dado que la charlatanería no tiene por qué ser falsa, se diferencia de las mentiras en su intención tergiversadora. Puede que el charlatán no nos engañe, o que ni siquiera lo intente, acerca de los hechos o de lo que él toma por hechos. Sobre lo que sí intenta necesariamente engañarnos es sobre su propósito. Su única característica distintiva es que en cierto modo tergiversa su intención» (66-67 pp). De esta tercera distinción se siguen un par de consecuencias interesantes: en primer lugar, si la intención del mentiroso es claramente alejarnos de la verdad, la intención del charlatán, por el contrario, es ocultarnos que la verdad le tiene sin cuidado; en segundo lugar, mientras el mentiroso cree conocer la verdad, y a través de dicho conocimiento ocultárnosla, el charlatán es completamente indiferente respecto al conocimiento de la verdad. De aquí se sigue otra consecuencia enorme en el análisis de Frankfurt: la charlatanería es peor enemiga de la verdad que la mentira. «Tanto al mentir

como al decir la verdad, la gente se rige por sus creencias acerca de cómo son las cosas. Dichas creencias los guían cuando tratan de describir el mundo, ya sea correctamente, ya sea engañosamente. Por esa razón, decir mentiras no tiende a incapacitar a una persona para decir la verdad en igual medida que lo hace la charlatanería. Al recrearse excesivamente en esta última actividad, que implica hacer afirmaciones sin prestar atención a nada que no sea el propio gusto al hablar, el hábito normal de una persona de tener presente cómo son las cosas puede quedar atenuado o perderse. Uno que mienta y otro que diga la verdad juegan, por así decir, en bandos opuestos del mismo juego. Cada uno responde a los hechos tal como los entiende, aunque la respuesta del uno se guía por la autoridad de la verdad, mientras que la respuesta del otro desafía dicha autoridad y rehúsa poner coto a sus exigencias. El charlatán ignora por completo esas exigencias. No rechaza la autoridad de la verdad, como hace el embustero, ni se opone a ella. No le presta ninguna atención en absoluto. Por ello la charlatanería es peor enemiga de la verdad que la mentira» (72-74 pp).

El brillante análisis de Frankfurt concluye con una reflexión en torno a las causas de la charlatanería. Si bien es cierto que siempre ha existido, y que somos incapaces de afirmar que actualmente abunde más que antes, si podemos comprender las causas que la motivan y hoy le dan foro. En primer lugar, Frankfurt menciona que nuestra arraigada creencia democrática en que tenemos la responsabilidad de hablar de asuntos que ignoramos, genera cantidades ingentes de bullshit. En segundo lugar, es determinante el clima generalizado de escepticismo y relativismo contemporáneos. La gente cree que le es imposible acceder a una realidad objetiva o a cómo son las cosas realmente. Hemos dejado de tratar de ser fieles a los hechos y ahora tratamos de ser fieles a nosotros mismos. La última reflexión de *On Bullshit* derroca la preeminencia contemporánea de la fidelidad a uno mismo, pues ¿quién dice que es más fácil ser fiel a uno mismo que a los hechos?: «Pero es absurdo imaginar que nosotros mismos estamos determinados y somos, por tanto, susceptibles de descripciones correctas y de descripciones incorrectas, a la vez que suponemos que la atribución de determinación a cualquier otra cosa se ha revelado un error. Como

seres conscientes, existimos sólo en respuesta a otras cosas y no podemos conocernos en absoluto a nosotros mismos sin conocer aquéllas. Más aún, no hay nada en la teoría, y ciertamente nada en la experiencia, que sustente el extraordinario juicio de que lo más fácil de conocer es la verdad acerca de uno mismo. Los hechos que nos conciernen no son especialmente sólidos y resistentes a la disolución escéptica. Nuestras naturalezas son, en realidad, huidizas e insustanciales (notablemente menos estables y menos inherentes que la naturaleza de otras cosas). Y siendo ése el caso, la sinceridad misma es charlatanería» (pp. 79-80).

Al final Frankfurt ha dejado una tesis en el tintero. Podemos estar de acuerdo en que la charlatanería se caracteriza por un desinterés por la verdad, también podemos aceptar que la charlatanería es peor enemiga de la verdad que la mentira, pero ¿por qué debe importarnos tanto la verdad? ¿Acaso no es un concepto del que podemos simplemente prescindir? Cabe señalar que es en este contexto donde surge naturalmente su segundo ensayo: Sobre la verdad (*On truth*), publicado al año siguiente del éxito editorial de *On Bullshit*.

Mario Gensollen
Departamento de Filosofía
Universidad Autónoma de Aguascalientes